

El amor: un invento

Busque por el dial de la radio alguna emisora de esas donde tocan boleros, baladas y canciones románticas en general. Seguro que más de alguna canción hablará del amor flagelante, pasional y fatal de un hombre exhibicionista y desaforado, dispuesto a tragarse todo su orgullo ante su amada, cuando no directamente a mendigar su amor, dando muestras de un masoquismo sentimental que, probablemente, solo sea comparable al de ese auditor que, queriendo autopropinarse unos buenos pinchazos en el corazón, se obstina en escuchar tales canciones una y otra vez, como quien se encerrara voluntariamente en una celda de Guantánamo.

Un ejemplo: “Sin tu mirar, sin tu reír, no sé vivir, quiero morir, si tú no estás”.

Otro: “Y soy, aunque no quiera, esclavo de sus ojos, juguete de su amor”.

Otro: “Soy preso, abrazando tus caderas, condenado a lo que quieras y hasta que quieras, amor”.

Los ejemplos se multiplican al infinito.

Claro está, la idea de un hombre sometido a la tiranía de una mujer forma parte del discurso amoroso heterosexual de uso corriente en nuestros días. Lo verdaderamente insólito es comprobar que este tipo de dinámica amorosa no era desconocida en la Edad Media. Todavía más insólito es que las cortes feudales fueran el escenario donde surgió todo esto, aquellas mismas cortes donde durante siglos las mujeres fueron vistas meramente como un objeto de intercambio económico y político, que los señores feudales desposaban con el único propósito de tomar posesión de sus dominios o sus fortunas y cumplir su rol de incubadoras vivientes desechables para su prole.

En este orden de cosas, a las mujeres de la aristocracia no les quedaba otra alternativa que resignarse a sufrir el matrimonio, la violación y la maternidad, sin antídoto posible. Pero, por eso mismo, tuvieron que inventarse un remedio original. Ese remedio fue, precisamente, el amor. Se suele afirmar que el amor se inventó en plena Edad Media, en Provenza, al sureste de la actual Francia, entre los siglos XI y XIII. Lo cierto es que, justamente en el mismo periodo que vio la explosión del culto mariano, vemos aparecer el llamado “amor cortés”, una verdadera revolución femenina gestada desde las cortes nobiliarias europeas, una revolución ética y también sexual que, sin duda, constituye un episodio excepcional en la historia del patriarcado occidental.

En realidad, como ha señalado Jean Markale, al “amor cortés”—llamado así porque solo podía darse entre damas y caballeros nobles que vivían en las cortes europeas— le debemos la aparición en nuestro imaginario de una nueva y perdurable definición de pareja: esa que solo puede existir a partir del mutuo acuerdo entre dos seres. De ahí que en estas relaciones amorosas será requisito que los varones se comporten con eso que hasta hoy llamamos “cortesía”, lo que implica, entre otras cosas, ser capaces de admitir un “no” como respuesta. De hecho, comenzaremos a ver hombres que se empeñan en obtener, ni siquiera el amor de las mujeres, sino que la posibilidad de confesarles su amor o, tal vez, si había algo de suerte, alguna mirada, una sonrisa, un gesto amistoso, una minúscula esperanza de, algún día, ser correspondidos.

Las repercusiones de este nuevo trato serán enormes. El amor cortés permitió dignificar las relaciones eróticas y sentimentales heterosexuales. Y, hasta cierto punto, condujo a una inversión en los papeles tradicionales de dominación. Así, por primera vez en el Occidente patriarcal, sabremos de hombres que cortejan y solicitan, y de mujeres que exigen y desdeñan. Estas mujeres serán las damas, las señoras de las cortes medievales. Pero ¿cómo llegó a suceder que la mujer pasara de la más absoluta invisibilidad a ocupar el centro de la corte, llegando incluso a adquirir la autoridad de una Señora cuasidivina? ¿Cómo se explica que los viejos señores feudales, tan intransigentemente patriarcales, no hicieran nada para refrenar a sus revoltosas mujeres?

Una respuesta posible es que, por aquellos años en que se inventaba el amor en Occidente, los señores se habían ausentado de casa. Andaban en las Cruzadas, allá lejos, en Medio Oriente, haciéndole la guerra al musulmán. Con los Padres dejando el terreno libre, se produjo un fenómeno decisivo en las cortes europeas: por primera vez en siglos, la educación intelectual y sentimental de los jóvenes aristócratas quedaba exclusivamente en manos de las damas. Y esto, justamente, habría repercutido en el profundo cambio cultural experimentado por las nuevas generaciones de caballeritos aristócratas. En palabras sencillas, estos caballeritos se “afeminaron”, lo que equivale a decir que aprendieron que su vida no solo consistía en competir en torneos y destacar por sus virtudes guerreras, que su paso por el mundo no se resumía en vencer y dominar o en avasallar personas y saquear fortalezas. Aprendieron, en suma, que también debían ser capaces de ser “cortesés”, participar de las conversaciones, los juegos, las danzas, devolver un cumplido, cantar, incluso componer un poema. Los jóvenes caballeros ahora podían escoger entre un arpa y una espada. Y eso, sin duda, fue un gran

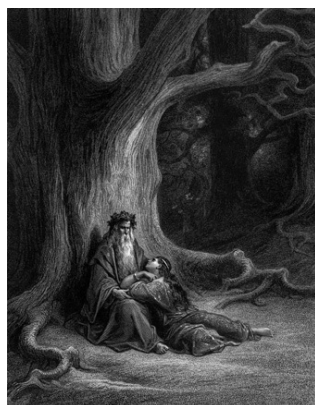
avance.

Por lo demás, aquellas damas medievales destacaban por ser mucho más educadas y, no pocas veces, económicamente más prósperas que los hombres. Connotadas señoras como Leonor de Aquitania y su hija, María de Champaña, fueron quienes comenzaron a llenar de poetas las cortes, para que ensalzaran a las damas y le cantaran al amor. También fueron ellas las responsables de recopilar las canciones y relatos que formaban parte del repertorio habitual de los trovadores que recorrían Europa. Especial fascinación provocaron en estas aristócratas las viejas historias provenientes del folclor celta, aquellos cuentos con aroma a azufre para el cristianismo, que hablaban de mujeres atractivas y aterradoras, impúdicas y mágicas; hadas y hechiceras que guiaban a jóvenes héroes, los encantaban y los enviaban a combatir por causas nobles. Sin duda, las damas que promovieron el amor cortés se vieron reflejadas en estas poderosas mujeres de los cuentos celtas. Este encuentro dio lugar a un proceso único en la historia de la cultura occidental: la resurrección y rejuvenecimiento de viejos mitos que contenían el imaginario de un pueblo perdido en el tiempo.

Hoy sabemos que las famosas historias del rey Arturo, el mago Merlín y los caballeros de la tabla redonda no son otra cosa que viejas leyendas celtas que fueron reescritas y readaptadas al contexto cristiano-medieval a partir del siglo XII. De hecho, muchos de los cuentos de hadas, por todos conocidos, provienen también de esta tradición ancestral. No obstante, en su origen, las hadas lucían muy distintas a esos diminutos seres, transparentes y voladores, al estilo de Campanita, de *Peter Pan*. En realidad, la mitología celta nos enseña que las hadas son encarnaciones de la Gran Diosa de múltiples rostros que fuera adorada por este pueblo, amables y sensuales mujeres que también sabían ser crueles, horrendas y peligrosas, y que acechaban a sus presas en una colina, a la entrada de una gruta o en el claro del bosque.

El hada Viviana, por ejemplo, conocida también como la “Dama del Lago” en la literatura cortesana, era una discípula aventajada del conocido mago Merlín, arquetipo del viejo druida celta que fuera también mentor del rey Arturo y a quien la tradición señala como el brujo más sabio y poderoso que pisara la tierra. Pero Viviana no se quedaba atrás. Astutamente, fingía ser la devota alumna del poco agraciado Merlín. Cual escolar enamorada, lo llenaba de halagos y dulces promesas, entretanto, se iba apropiando de la magia y los conocimientos del brujo.

Hay historias eternas y esta es una de ellas. La historia del cazador cazado, el seductor seducido o el hechicero hechizado.



Gustave Doré, *Viviana y Merlín*, 1868.

Las lecciones estaban por agotarse cuando, por fin, llega el día que Merlín tanto anhelaba. Podría disfrutar de los favores de Viviana, porque ella, le había asegurado, se le entregaría. Solo que, antes, el mago debía enseñarle el mayor de sus hechizos. ¡Faltaba más! Hicieron el trato. Viviana descubrió levemente su cuerpo, apenas una insinuación. Y Merlín, consumido por el deseo, descubrió por entero su hechizo. Acto seguido, el hada, que aprendía muy rápido, pronunció con maestría las palabras mágicas y empleó el hechizo en contra de su propietario original. El resultado: Merlín es arrastrado a otro mundo, y queda para siempre atrapado en una prisión encantada e invisible, en medio del bosque. Uno puede imaginar el eco de su voz quejosa murmurando “¡Putita, puta!” cada vez más quedamente, apenas un hilito de voz que se trenzaba entre las raíces de los árboles. Entretanto, Viviana le contestaba: “¡Pobrecito, viejo estúpido!”, y se marchaba dando una interminable y feroz carcajada que se encumbraba hasta las nubes.

Viviana, ancestro remoto de la *Lolita* de Nabokov, es un excelente ejemplo del tipo de figuras femeninas que asomaban de la ficción poética para cautivar la imaginación de las damas de la Edad Media; el espejo ideal en donde se miraron, descubrieron y recrearon. Pero la literatura cortesana no solo transmitió nuevos modelos de feminidad directamente ligados a la figura de la Diosa pagana celta. Además, estos relatos proporcionaron el modelo de relación erótica propuesta por el amor cortés. Se trata de una relación que, necesariamente, debía ser clandestina y adúltera. Y es que la pareja del amor cortés era, en realidad, un trío. Una dama, mujer madura, casada, prohibida. Un caballero inexperto, amante y solícito. Y también, desde luego, un viejo marido a quien le ponen los cuernos.

Por extraño que parezca, este modelo literario cortesano fue ampliamente aceptado por las damas casadas, los caballeros y los señores cornudos de carne y hueso de la nobleza medieval. La popularidad del amor cortés se

habría debido en gran medida a los problemas ocasionados por la extrema rigidez de la institución matrimonial en la élite feudal. Por una parte, las familias aristócratas casaban solo a los primogénitos para así evitar que se repartiera y fragmentara la herencia. Como consecuencia, los hermanos menores quedaban condenados a la soltería, desheredados, desposeídos de tierras y riquezas. A ello hay que añadir el control ejercido por la Iglesia sobre el matrimonio y su atávica intromisión y penalización de la vida sexual de los individuos. Tal como hoy, en aquel entonces la Iglesia prescribía el sexo exclusivamente para fines procreativos y al interior del matrimonio. No obstante, entre la clase dirigente del Medioevo había una enorme porción de individuos que no se podían casar. ¿Qué hacer, entonces? ¿Permanecer castos de por vida? ¡De ninguna manera!

El amor cortés fue visto como el remedio indicado para fijar las reglas que hacían posibles las relaciones amorosas fuera del matrimonio y en relación al matrimonio. Y es que si hubo algo que, a partir del siglo XII, la sociedad aristocrática llegó a entender con total claridad, fue que amor y matrimonio no necesariamente iban de la mano; es más, debían ser vistos como términos antagónicos. Porque una cosa era el matrimonio, entendido como un contrato de naturaleza político-económica, que no tomaba en consideración los sentimientos de los contrayentes. Y otra cosa muy distinta era la pasión erótica y el enamoramiento, vale decir, el amor concebido como un vínculo consentido y un sentimiento libre de toda coacción.

La amistad de los muslos

El gran cornudo de la literatura cortesana era ni más ni menos que el famosísimo rey Arturo. El triángulo amoroso se completaba con su esposa, la reina Ginebra, y el mejor de todos los caballeros andantes, Lanzarote. Uno se preguntará: ¿cómo es posible que un monarca al que le pone los cuernos su esposa con su mejor amigo sea, hasta hoy día, uno de los héroes más famosos del Occidente patriarcal?

Desde luego, al leer las viejas historias medievales puede parecernos totalmente extraño que el rey Arturo se quede tan campante, muy sentado en su trono de la corte de Camelot, al punto de crecerle musgo en las posaderas, sabiendo que su esposa lo traiciona con su más querido amigo. No obstante, desde el punto de vista de la cosmovisión celta, que es la fuente originaria donde abrevan todas estas historias, dicha situación era de toda lógica. Muy probablemente la clave para entender a Arturo esté en la idea que los celtas se forjaron sobre el devenir.



Triskell.

Los egipcios construyeron monumentales pirámides como símbolo de gravedad y solidez, de lo que se quiere inmortal; en el extremo opuesto, los celtas se contentaron con dibujar espirales sobre piedras en cada lugar que pisaron. El símbolo más común entre los celtas, el triskell, se compone de tres espirales que podemos imaginar girando como los ojos de los locos en las caricaturas. Si miramos con esos ojos, nada nunca está quieto. Así también, para los celtas, la vida era cambio y vértigo. De ahí que el rey Arturo, personaje que nace del folclor celta, no vea motivo de escándalo ni deshonra alguna en ostentar unos llamativos cuernos. Al fin y al cabo, la corona se cambia, a menudo, por los cuernos; y si a los cuernos les colgamos unos cascabeles, tendremos un bufón. Arturo es un rey bufón, uno que sabe que si se está en un trono, cualquiera que sea, se debe aceptar el inminente destronamiento, tal como se acepta la fugacidad e impermanencia de uno mismo y de todo cuanto nos rodea. Bajo esta misma lógica, la institución del matrimonio entre los antiguos celtas se caracterizaba por su gran liberalidad.

Se trataba de un vínculo poderoso que, no obstante, podía deshacerse sin tanto trámite, ni tanta querella. La ceremonia de divorcio celta consistía en que la pareja de casados se encaminaba a las afueras de la aldea rumbo hacia el bosque. Una vez que llegaban a un claro o una colina —lugares sagrados para este pueblo, que no supo jamás de ídolos ni templos—, el hombre y la mujer se separaban y marchaba cada cual por su lado.

Herederero de esta cosmovisión pagana y depositario de esta cultura, el Arturo de los romances del siglo XII se nos presenta como al rey del ajedrez, una pieza indispensable, aunque perfectamente ociosa. Nada escapaba a su conocimiento, pero se hacía el desentendido. Estar ahí y dejar a los otros hacer, ese era todo su papel. Así también, el marido-cornudo debía rondar las andanzas de la pareja de amantes cortesanos de carne y hueso. Su presencia era del todo necesaria, como una antigua ley escrita en piedra, cuya autoridad es imprescindible observar y reconocer. ¿O acaso no hay que creer apasionadamente en una ley para desear transgredirla? Igualmente, en el juego cortesano, mientras más inminente y opresor fuera el peligro de ser descubiertos, mayor era el deleite de los amantes.

Ginebra, por su parte, es la reina del ajedrez, es la pieza clave del tablero, la más activa y la más voraz. Como Viviana, debemos ver en ella un reflejo de la antigua Diosa celta, de aquellas míticas hadas volubles, hechiceras o brujas todopoderosas, que disfrutaban prodigando “la amistad de sus muslos” a los guerreros que ellas escogían y juzgaban valerosos. “La amistad de los muslos”, vale decir, el levantamiento de las faldas y la invitación consentida a acceder a la vulva, que es un regalo que el hombre escogido no podía rechazar. Pero no se trataba de una amistad gratuita. No era tampoco una entrega incondicional. Se obtenía de la suma de las difíciles pruebas que necesariamente el héroe debía sortear por conseguirla, y del enorme esfuerzo que implicaba mantenerla. Cuando un hada levantaba sus faldas ante sus amantes era como si Baubo les hablara ahora a los hombres. La vulva parlante diciendo a quién desea, cuándo lo desea y cómo lo desea.

Lo que nos lleva al último integrante del trío literario, Lanzarote, el amigo de Arturo y amante de Ginebra, el hombre que la Dama-Hada-Diosa ha decidido acostar a su lado. Pero para este intrépido alfil, el camino al lecho de la reina necesariamente debía estar plagado de peligros y dolorosos sacrificios. La imagen arquetípica que los viejos relatos nos ofrecen de esta travesía ha quedado impresa, aunque brumosamente, en nuestro imaginario. Es la imagen de la princesita del cuento, prisionera en una habitación encumbrada en una altísima torre; bajo la torre, un jardín frondoso; más allá, un puente que cuelga sobre tumultuosas aguas y es defendido, a veces, por un

dragón, a veces por un caballero negro.

Imagen de cuentos para niños que, en el fondo, no tiene nada de inocente. Porque, a nivel simbólico, la habitación de la dama inaccesible es la vulva; el frondoso jardín el vello púbico. El puente tendido sobre un abismo de aguas peligrosas: el paso de un estado a otro, de una tierra a otra, la transformación radical en la existencia de aquel que la dama ha elegido. ¿Y el caballero negro o el dragón que custodia el puente? Representan a los otros caballeros que la pretenden, amantes rechazados, que se niegan a salir de escena. En concreto, Lanzarote tendrá que imponerse sobre sus rivales y cruzar el Puente de la espada, una espada grande y afilada tendida entre dos tierras neblinosas. Ha de esperarse que cuando alcance la habitación de Ginebra esté terriblemente herido.

En el esquema mítico pagano que se esconde tras estos relatos de caballeros y damas todo cambio verdadero implicará un sacrificio y una herida, pero también la recompensa de acceder a una nueva vida, un nuevo nivel de existencia, una visión de las cosas que antes no se tenía. Y, ciertamente, el camino que lleva a la vulva se entiende aquí como un verdadero proceso formativo que persigue una transformación a todo nivel, físico, sentimental e intelectual. Desde luego, se entiende también como una cumplida educación sexual del caballero que ha atendido a los deseos de su dama.

Para Lanzarote, acceder a la habitación de Ginebra será penetrar el templo sagrado de la Diosa. Cuando Lanzarote arriba, por fin, lastimado y sangrando, ante el lecho de Ginebra, “se postra y la adora”, pues “en ningún cuerpo santo creyó tanto como en el cuerpo de su amada”. Ella, por su parte, “le estrecha fuertemente junto a su corazón, y lo atrae hasta su lecho”. Por supuesto, se trata de una escena pagana donde Ginebra es la Diosa —como lo era el hada o la druidesa de una colina de la Irlanda precristiana o bien la hieródula del templo babilónico— y donde el sexo es también sagrado. Es un ritual. Un sacramento.

Tal modelo literario fue replicado con entusiasmo por mujeres y hombres de la aristocracia medieval. Por curioso que parezca, al menos dentro de este juego amoroso practicado en el mundo de la corte, Dios había vuelto a ser mujer.

El patrimonio del placer

Puede resultar extraño que los caballeritos del amor cortés, siguiendo el ejemplo de Lanzarote, aceptaran de buena gana comulgar con esta religión del amor, lo que equivalía a someterse sin objeciones a la tiranía de las damas. ¿Cuál era la ganancia de todo esto? Probablemente, la explicación más hermosa y elocuente de esta extraña devoción la encontremos en “El lai del lamedor” —título, por demás, sugerente—, un texto bretón escrito a comienzos del siglo XIII. Estos versos nos cuentan que un buen día las damas y las muchachas de Bretaña se reunieron con el fin de componer un lai (un relato escrito en versos). De pronto, una de las damas más prominentes propone que se discuta por qué los caballeros realizan tantas y tan grandes proezas. Muchas preguntas se suceden a continuación:

“¿Gracias a quién son tan osados los caballeros? ¿Por qué razón les gustan los torneos? ¿Para qué se engalanan los jóvenes? ¿Por amor a quién son nobles y de tan generoso corazón?... ¿Con qué objeto les gustan los abrazos, los besos y las palabras de amor? ¿Conocéis alguna razón que no sea una sola y misma cosa?”.

La respuesta no tarda en llegar. Y aquí es, justamente, donde volvemos a encontrar a Baubo levantando el velo púdico para contarnos una verdad que nos remece hasta el día de hoy:

“Muchos hombres han mejorado y buscado fama y mérito, cuando no hubieran valido ni el precio de un botón si no fuera por el deseo del ‘coño’. A fe mía, os lo garantizo; a una mujer no le valdría el más hermoso rostro, ni amigo, ni galanteador, si hubiera perdido el ‘coño’”.

Por supuesto, suele ocurrir que el deseo de la vulva haga mejores a los hombres, cuando estos se muestran dispuestos a oír lo que la vulva, a su vez, gusta y desea. Y, por supuesto, dejar que la vulva exprese abiertamente su deseo hace también mejores a las mujeres.

En especial, gracias al amor cortés, las damas de la Edad Media pudieron aprender que el sexo no solo debía servir para la reproducción de la especie, como prescribía la Iglesia, sino que podía ser un acto espléndido, un acto perfectamente sagrado, es decir, con sentido. Asimismo, como directoras del juego amoroso, las damas pudieron tomarse una merecida revancha ante los asaltos de sus maridos, brutales y despóticos, excesivamente desprolijos y también veloces. El amor cortés, en cambio, implicaba una disciplina sexual totalmente impensada al interior del matrimonio. Esto incluía, por supuesto, el

redescubrimiento, por parte de las mujeres, de su propio cuerpo. Porque, tal como hoy en día sigue ocurriendo, las damas del Medioevo debieron sorprenderse al advertir que nunca antes en su vida habían llegado a experimentar el orgasmo. Únicamente en las relaciones sexuales extramatrimoniales pudieron aprender que el placer no era tan solo patrimonio masculino, que el placer no dependía ni concluía en la eyaculación, ni el sexo se reducía a lo coital-penetrativo. El ritual del amor cortesano abrió todo un nuevo espectro de sexualidad que favorecía la exploración de otras partes del cuerpo, al mismo tiempo que promovía otras formas de relacionarse en la intimidad.

De la religión del amor todos acababan aprendiendo algo. Como se dijo antes, en el juego del amor cortesano los hombres aprendían a aceptar un “no” como respuesta, a refrenar su violencia y a respetar los deseos de las mujeres; pero también aprendían que el placer se procura y se obtiene de muchas maneras y que la penetración no lo es todo. Y es así, justamente, cómo las damas medievales pudieron saludar a Baubo: enseñando a los caballeritos que el sexo de la mujer no puede reducirse a la vaina donde enfundan la espada.

Sin mencionar el largo cortejo, la denodada fidelidad, la cuidadosa búsqueda del momento y el estado de ánimo apropiados, en fin, las diversas aduanas que había que sortear antes de acceder a la recompensa de ser invitado al lecho de la dama, el preámbulo amoroso debía recibir la mayor atención por parte del amante cortesano. En la última parte de esta “prueba de amor” la dama lo autorizaba a contemplarla desnuda y a satisfacerla en todo cuanto su pasión requiriese, lo que incluía toda clase de palabras, caricias, besos y abrazos. Todo, salvo el hecho mismo.

Se sabe que la penetración solía estar excluida del ritual de amor cortesano, aunque también está documentada la práctica del coitus interruptus. Así, por ejemplo, un diálogo paródico anónimo nos presenta a un exaltado caballero exclamando ante su dama:

“En vos quisiera meter mi colgante verga y asentar mis huevos en vuestro distinguido culo. Y esto solo lo digo por el deseo de echar a menudo un polvo, pues en gozarla, mi señora, he puesto todos mis pensamientos ¿No canta la verga cuando ve reír al coño? Y por temor a que llegue el celoso, le meto la verga y contengo los cojones”.

Las parodias se caracterizan por ser las versiones más elocuentes de una realidad. En este caso, no cuesta trabajo apreciar cómo todos los ingredientes del amor cortés se hacen presentes en la parodia trovadoresca. Está ahí la dama, la vulva soberana, cuyo deseo debe satisfacerse puntualmente. Ahí

también está el amante atento y obediente, cuya verga solo canta en tanto el “coño” se muestre risueño. Está también el peligro latente de que aparezca el celoso: el marido cornudo. Y, por el último, está el único límite que impone el rito amoroso. Como puede apreciarse, por más ardientes que fueran sus deseos, el caballero, firme en sus creencias, no irá hasta el final.

¿Por qué este límite? Sencillamente, porque el amor cortés no podía desembocar en el embarazo y la procreación. Para esos fines estaba el matrimonio. Y, repitámoslo una vez más, el amor debía ser algo distinto al matrimonio. Claro está, en caso de concluir en un embarazo, la relación sentimental entre un caballero y una dama casada ponía en riesgo el equilibrio matrimonial y el orden patrimonial de la sociedad cortesana. Pero, más allá de alborotar el gallinero feudal, la venida de un hijo implicaba la llegada de ese tercero que, a diferencia del cornudo, ponía la lápida definitiva a la pareja cortesana. Significaba el fin del aprendizaje del deseo y el placer, que solo podía darse en el contexto de una sexualidad no procreativa, sin meta ni culminación, asumiendo el vértigo y el riesgo de adorar a otro sin apropiárselo y sin someterlo, en el pleno reconocimiento de su libertad.

Las nobles señoras medievales inventaron el amor en Occidente sencillamente porque querían hacer de la vida algo digno de ser vivido. Por eso lo inventaron así: sin posesión ni imposición, furtivo y peligroso, formativo y exploratorio, santo y lujurioso, no eyaculatorio y multiorgásmico. Un gesto hacia Baubo, la vulva risueña, en cómplice amistad con los hombres, los caballeritos cortesianos, de antes y de ahora, que con inmensa gratitud la saludamos.



Ilustración de un códice medieval.